

CRONICA

RICARDO LAGOS

MINISTRO DE EDUCACION

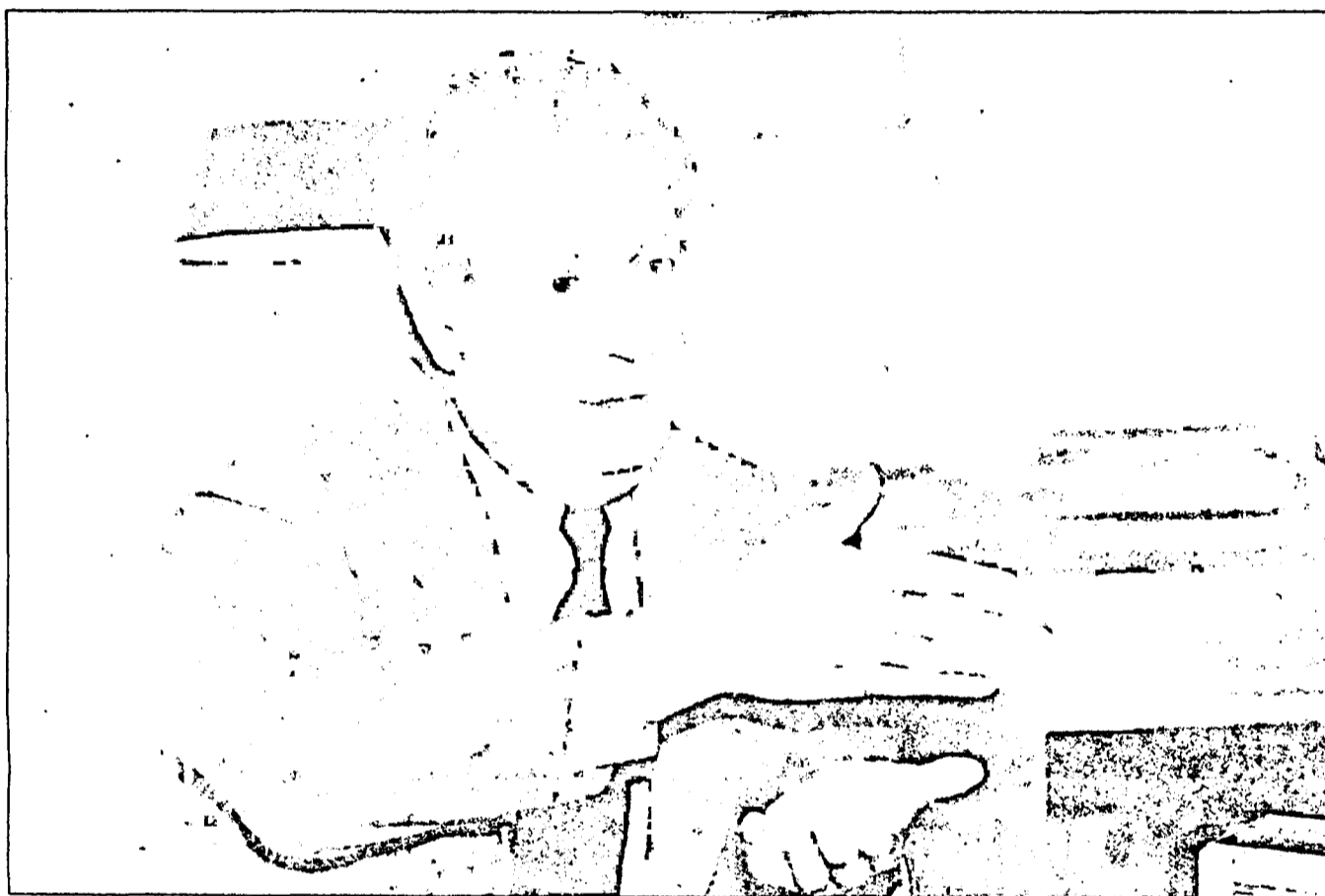
"Renovación Nacional se olvidó de su acuerdo para reformar la Constitución"

MONICA GONZALEZ

Viene recién llegando de Valparaíso, de una concentración ecológica con quince mil estudiantes, y de almorzar después con el Presidente Aylwin en el cerro Castillo. Entre cuadros de Gracia Barrios y José Balmes se le ve relajado, sonriente, desbordante de entusiasmo al hablar de su nueva inspiración: la ecología y el medio ambiente. Lleva catorce meses de ministro de Educación y el "ogro" de la derecha, Ricardo Lagos, aún no se va golpeando la puerta como muchos pronosticaron. Se ha cuidado de no ocupar el escenario estelar. El hombre del dedo en ristre quedó atrás, al menos por algún tiempo.

Diffícil resulta creer que fue un niño tímido y solitario. Pero lo fue. Creció rodeado del afecto que le dieron su madre, que fue candidata a regidora, sus tías Leontina y Fresia; y sus abuelos paternos. Estudió en el Instituto Nacional y allí conoció a Patricio Aylwin como su profesor. Estudió Leyes y dicen que fue un alumno brillante. Entonces se incorporaría a la política, en un grupo radical de izquierda junto a Jorge Arrate, Julio Stuardo y otros hombres del socialismo actual. En sucesivas campañas académicas fue perdiendo la timidez, pero no tuvo tiempo de pasar a otro estadio porque el golpe interrumpió su nombramiento ya firmado como embajador en la Unión Soviética. Luego vendría el exilio, la actividad académica en Flaco y Naciones Unidas y su espectacular retorno al país asumiendo el liderazgo socialista público, como una figura nueva, sin pasados molestos. El resto, hasta llegar a su derrota en la campaña senatorial por Santiago, es una historia muy conocida.

Los que lo conocen íntimamente dicen que sólo le ven absolutamente relajado y contento cuando está junto a su mujer, Luisa Durán, los hijos y los nietos. De a poco ha ido aprendiendo a mostrar sentimientos y es allí donde mejor lo hace. Para muchos sigue siendo "el ogro", para otros, el hombre que espera su momento y que tendrá que



demonstrar su capacidad, y para otro grupo, el único socialista que podrá disputar la Presidencia de la República a un demócrata cristiano. El sigue siendo el hombre seguro de sus capacidades y de su voluntad que sonríe socarronamente cuando le tocan el tema. El dedo está en remojo.

—La oposición ha dicho que se acabó la "política de los acuerdos". En la Concertación muchos opinan que se acabó la tregua y que viene una etapa dura. ¿Cuál es su opinión?

—Respecto de un tema: las reformas constitucionales, los acuerdos comenzaron mucho antes que este gobierno. Hubo un entendimiento claro y explícito rubricado en un documento conjunto de Renovación Nacional y la Concertación.

—¿Usted participó en la redacción de ese documento?

—Sí. Ese documento se le entregó al señor Carlos Cáceres, el que tomó sólo algunos puntos. Eso fue lo que consensualmente se plebiscitó. Pero hubo acuerdo con Renovación Nacional en el documento completo. Ahora, se olvidaron.

—¿En qué puntos había

"Probablemente en el largo plazo el PS y el PPD van a ser una sola realidad".

acuerdo con Renovación Nacional y que no fueron plebiscitados?

—En el Tribunal Constitucional, en el término de los senadores designados, en el sistema proporcional para las elecciones del Congreso, en incorporar al Consejo de Seguridad Nacional al presidente de la Cámara de Diputados, en que la convocatoria al mismo Consejo sea hecha por tres miembros y no por dos, un conjunto muy detenido de acuerdos.

—¿Usted asegura que Renovación Nacional compartía esos acuerdos?

—Absolutamente. El afianzamiento final de aquello se hizo en la famosa reunión entre Sergio Onofre Jarpa y Patricio Aylwin, en una oficina de Bandera 52, cuando se reunieron con el entonces

ministro Carlos Cáceres. Los que participaron directamente en su redacción fueron Francisco Cumplido y José Antonio Viera-Gallo, por la Concertación, y por Renovación Nacional estaba Carlos Raymond. Es más, recuerdo que hubo una comida final en la que estaba Andrés Allamand, en donde todos nos alegramos de que fuera posible reformar la Constitución.

—¿Y qué pasó entonces con RN?

—Lo que tiene que hacer la Concertación es plantear ese mismo documento al Congreso. Si dicen ahora que no hay acuerdo, que expliquen ellos por qué es distinto lo que se piensa en 1991 a lo que se pensó en 1989.

—¿Comparte usted la percepción de algunos de que se acabó una etapa de acuerdos en esta transición?

—Lo que hay es una disputa entre Renovación Nacional y la UDI por quién de ellos gana el liderazgo de la oposición. Creen erróneamente que el que sea más duro con el gobierno lo obtendrá.

—¿Quién cree usted que tiene el liderazgo de la oposición?

—No hay un liderazgo

claro. Jarpa aparece con una clara conducción en un sector, pero está muy lejos de reflejar el mundo de la UDI.

—¿Hay un cambio en Renovación Nacional?

—Sí, producto de que ellos perciben que hay un fortalecimiento de la UDI y creen indispensable endurecerse para competir.

—Frente a ese cambio de Renovación Nacional, ¿cómo ve usted a la Concertación?

—Ha descansado demasiado en el gobierno. Creo que los jefes de los partidos políticos necesitan un grado de mayor cohesión. La Concertación debiera haber tenido una respuesta unívoca sobre el tema de la reforma municipal, sobre la ley de los partidos políticos, sobre el sistema electoral. Hay deficiencia.

—¿A qué la atribuye?

—A que se ha tendido a descansar en lo que hace el gobierno. El país percibe que existe una Concertación porque hay un gabinete que opera con homogeneidad, pero no percibe que existe porque se reúnen los jefes de los partidos que la integran e influyen.

—Cuando ve lo que pasa fuera de La Moneda, ¿no se siente amarrado en su rol de ministro?

—No, porque cuando quiero hablar de política lo hago. Pero sí me siento amarrado en cuanto a las limitaciones que heredamos. Creo que ha habido un error del gobierno. Debiéramos haber sido más claros en mostrarlas a la gente.

—¿Como cuáles?

—Por ejemplo, no puedo contratar un profesor para que haga clases, ni puedo construir una escuela, como ministro. Eso le corresponde a los municipios y a las corporaciones privadas.

—¿Eso quiere decir que en un año usted ha podido hacer poco?

—Se han hecho cosas, pero apuntan en otro sentido. De los amarres concretos, de cada ministerio, en cada área, el gobierno debió haber hablado mucho más para que se entienda claramente por qué no se hacen las cosas.

—En el plano de los programas de estudios, ¿ha cambiado algo?

—Nos hemos preocupado que en los textos de estudio que se reparten gratuitamente, que han aumentado de 900 mil a 4 millones y medio, no haya elementos sesgados. Como un texto de historia de Frías Valenzuela que andaba por ahí y que hace una alusión absolutamente distorsionada de lo que ocurrió en el período posterior al golpe de Estado.

—¿Qué espera usted de un texto histórico apropiado para los estudiantes de este país con respecto a ese período?

—Dentro de lo difícil que es la objetividad, que seamos capaces de asumir las cosas como ocurrieron: que en Chile hubo un sistema autoritario y sin separación de poderes. En los textos de historia se habla de la dictadura de Ibáñez...

—Pero hay muchos que aún no reconocen que Chile vivió en dictadura.

—En los textos de historia se va a terminar hablando de la dictadura del general Pinochet, porque esa es la verdad de lo que ocurrió.

—¿Ha podido hacer algo por incorporar los derechos humanos a los planes educativos del país?

—Hay tres temas que creo cruciales incorporar: el tema de los derechos humanos, el de la educación sexual y el de la ecología y medio ambiente.

CRONICA

"Pinochet ya no perturba mis pesadillas"

—La sociedad chilena se resiste a encarar el problema del SIDA a pesar del alto grado de aceptación que tienen las relaciones prematrimoniales en nuestra juventud. ¿Cómo encara un ministro socialista, que se define como renovado y moderno, esa limitación?

—Respecto de la educación sexual, constituimos un grupo de trabajo en el que participan sectores de Iglesia. Creemos que podemos abordar el tema con altura de miras tomando la realidad. Monseñor Oviedo decía el otro día que en Nueva York, en la junta educativa, se había producido un gran debate sobre si se debía o no distribuir preservativos a los varones, gratuitamente en las escuelas, para impedir el SIDA. Ese debate en Nueva York está a años luz de lo que se puede hacer en Chile.

—Si usted fuera libre para determinar, ¿cómo le gustaría enseñar educación sexual en los colegios?

—Diciendo las cosas con bastante claridad, pero que se entendiera que la relación sexual es la culminación de un entendimiento de amor entre hombre y mujer. En consecuencia, no se trata de técnicas, sino de madurez. Es educar para que el individuo actúe más tarde con un grado de responsabilidad frente a ciertos valores importantes.

—¿Cómo educaría respecto al tema de los derechos humanos?

—No creo que deba existir una cátedra de derechos humanos. Introduciría el tema del respeto al hombre, del respeto a las ideas y opiniones ajenas, a todo nivel. Y en cuanto a lo que pasó en los últimos 17 años, lo haría con los niños más maduros, a los que hay que darles una cierta explicación, decirles que en Chile se violaron los derechos humanos. Es algo que nadie puede discutir. Se pueden discutir las causas, pero no esa realidad.

—¿Se ha entregado el Informe Rettig a todos los colegios?

—No. Son nueve mil establecimientos educacionales...

—¿No se le considera un texto de consulta en los colegios?

—El Informe Rettig ha tenido un alto grado de difusión y corresponde a otros canales del gobierno distribuirlo. No es rol del Ministerio de Educación hacerlo.

—En el discurso que hizo el Presidente Aylwin el 1º de Mayo hizo mucho hincapié en las causas de la violencia juvenil y radió muchas de las soluciones en la educación. ¿Es un fardo pesado para el ministro de la cartera, no es así?

—Creo que es así. Hay dos elementos. Uno es el contenido educacional, y un segundo elemento dice relación con el sentido de una educación que prepare adecuadamente para insertarse en la sociedad y para trabajar. Es allí en donde

Después de un año de gobierno usted sigue sin haberse encontrado con el general Pinochet en un acto protocolar. ¿Lo evita?

—No. Soy ministro y él es comandante en jefe. Hay normas de protocolo que cumplir. Tengo curiosidades como cualquier chileno por saber algún día por qué gobernó durante tantos años como lo hizo y de una manera tan ajena a las tradiciones de este país. Eso es todo. Este tema me gusta dejarlo ahí.

—Parece que un año en el gobierno lo han apaciguado en relación al general Pinochet.

—Son situaciones distintas. No era que antes no fuera apacible. Siempre he sido un hombre tranquilo, pero cuando había poder absoluto y él provocaba temor, había que decirle a este país que perdiera el temor.

—¿Nunca lo asalta la pesadilla de volver a vivir otro golpe de Estado?

—La verdad es que no. La última duda la tuve la mañana del 5 de octubre de 1989, cuando salí de mi casa. Miré para atrás y dije: "A ver si vuelvo". Después, ya nunca más.

—¿Ni siquiera cuando ve al general Pinochet or-

ganizando reuniones fuera de su ámbito o tratando de recuperar liderazgo?

—Muy de verdad: no. Creo que él está cada día en disminución y ya ni siquiera perturba mis pesadillas.

—Han pasado catorce meses de gobierno. Volviendo a la noche del 5 de octubre, ¿era esto lo que usted esperaba?

—Un día, cuando observábamos con Carlos Ominami la Parada Militar, le dije: "Diez años atrás, en París, si te hubiera dicho vamos a estar en el año 1990 viendo la Parada Militar, a lo mejor lo podríamos haber concebido, pero si te hubiera dicho que al lado nuestro iba a estar el general Pinochet como comandante en jefe, eso ni tú ni yo lo podríamos jamás haber imaginado". Es una realidad de esta transición.

—¿Se ha mejorado su relación con Patricio Aylwin en este año?

—Nunca fue mala, también es cierto que nunca fue estrecha. He tratado de ser un leal colaborador. Es feo que un ministro diga que ha sido un gran Presidente, porque si él lee lo contrario me echaría, pero objetivamente ha tenido

un desempeño notable. Creo que en este año hemos podido profundizar nuestra relación personal. Quien realmente me ha impresionado mucho, por su autenticidad y trato personal, es la señora Leonor.

—La utopía y el mundo del socialismo real se desmoronaron estrepitosamente. ¿Sigue teniendo una utopía socialista?

—Sigo teniendo mi utopía. Creo que podemos construir un país donde cada hijo que nazca tenga iguales oportunidades.

—¿Esa es para usted la utopía socialista?

—Que todos tengan oportunidades, vivir en un país donde no exista el temor a que lo lleven preso por cierto, pero también donde no exista el temor a la enfermedad, a la ignorancia, a la vejez, a la cesantía. No es para mañana, pero hay que trabajar en esa dirección y todos los días.

—¿Por qué cree usted que inventaron que era hijo natural de un Alesandri?

—Salvo el hecho de que han hecho sufrir mucho a mi madre, no tengo ninguna explicación. No sé quién lo inventó y ni me interesa saberlo.

—No.

—En esa apatía, ¿no ve un caldo de cultivo para los grupos violentistas?

—No, porque creo que los jóvenes están en otra. Quieren cosas concretas que los inviten a construir. La diferencia con nuestra juventud es que son menos ideologizados, producto tal vez de que las certezas ideológicas de hoy son bastante menores de lo que eran veinte años atrás. La convocatoria que podía tener un Fidel Castro entrando a La Habana, un Tito en Yugoslavia, un Nasser o un Nehru, no tienen relación alguna con lo que se vive hoy.

—¿Cómo enfrentará el problema de la influencia del grupo Lautaro en los colegios?

—Lo más importante es darles canales de participación a los jóvenes. Darle un sentido de orientación a cierto tipo de tareas más allá de los establecimientos educacionales, como el medio ambiente. El cólera movilizó a todos los jóvenes. Son cosas concretas.

—¿Motiva a los jóvenes la actividad del Congreso?

—El grupo musical Congreso es tremendamente popular!

"ES INDISPENSABLE UNA FEDERACION PPD-PS"

—Mario Palestro afirmó que a usted nunca lo había encontrado en su largo camino socialista. ¿Así es?

—Yo soy socialista, no creo necesario hacer mayores comentarios sobre eso.

—¿Cree que esa opinión la comparten los jóvenes que desean el cambio?



Marco Miño

estamos en falta. Nos acostumbremos a expandir la educación y automáticamente pusimos que más años de educación implican mejor prepararse para la lucha por la vida.

—Después de un año de gobierno, ¿se ha continuado con las políticas anteriores o hay cambios?

—Un padre me dijo en la Octava Región: "Para qué mando a mi hijo al liceo si al término del octavo básico entra a una forestal y gana 30 mil pesos al mes. En cambio, si lo mando al liceo, después de cuatro años, igual entrará a la forestal a ganar los mismos 30 mil pesos". Ese argumento era inconcebible treinta o cuarenta años atrás.

—Pero seguimos sin escuelas para obreros calificados y sin escuelas masivas para técnicos.

—Porque de 750 mil alumnos en la educación media, 500 mil están en liceos y sólo 220 mil en establecimientos técnico-profesionales, producto que el "mercado" establece un sistema de subvención igual por alumno en liceo científico-humanista que por alumno en establecimiento técnico-profesional. Ergo, lo que se expandió fueron los liceos porque son más baratos. Hemos modificado el sistema de subvención aumentando la de los establecimientos técnico-profesionales.

—¿En cuánto calcula el ministro de Educación la aceptación o simpatías que provocan movimientos como el Frente Patriótico Manuel Rodríguez o

el Lautaro en los colegios de Santiago?

—Decir mínimo sería magnificar. Es casi inexistente. La convocatoria del mundo político en general es muy baja entre los jóvenes. El tema de la ecología y el medio ambiente sí los convoca plenamente.

—¿Cómo se siente un político como usted al medio de jóvenes que no bailan al mismo ritmo suyo?

—Entiendo que los jóve-

"En los textos de historia se va a terminar hablando de la dictadura del general Pinochet".

nes perciban otro tipo de cosas como más motivadoras que la política. La democracia de los acuerdos no es muy motivadora. La gesta épica de decirle No a una dictadura fue tremendamente motivadora. Se luchó por la libertad. Nunca más vamos a tener un 5 de octubre.

—¿Lo dice con añoranza?

—No, pero tengo conciencia de que esa fue una gesta épica.

—¿Y se conforma con lo que hay ahora?

—Sí. Creo que los jóvenes tienen un alto grado de sensatez, más que la que teníamos nosotros. El gran proyecto está: encarnar la voluntad de cambio de una manera no traumática.

—¿Dónde ve encarnado ese proyecto?

—Fundamentalmente en el ámbito PPD-PS.

—¿Y no en la Concertación? ¿Dónde ubica al PDC?

—El PDC es nuestro aliado, pero obedece a otro tipo de situaciones. Somos diferentes.

—¿Cree factible que el PPD junto al PS disputen liderazgo a la DC?

—El PPD da cuenta de una realidad de la sociedad chilena y el mundo PS da cuenta de otra realidad.

—¿De cuál se siente usted más íntimamente cerca?

—Soy un socialista que fundó el PPD. Eso es lo que realmente soy, lo que expreso y lo que el país percibe.

—Para muchos el liderazgo de Ricardo Lagos es el problema principal en la relación PPD-PS. ¿Cómo enfrenta usted ese tema?

—No creo que el problema sea ese. En esta peculiar transición surgió un fenómeno como el PPD, que no estuvo en los planes de ninguno de nosotros, pero una vez que surge pasa a ser una herramienta muy fundamental para que el mundo del progreso y del cambio tenga una expresión real. Probablemente en el largo plazo el PPD y el PS van a ser una sola realidad. Voy a ser muy franco, si hoy el PS absorbe al

PPD todo ese poder de convocatoria, al cual llega el PPD y al que no puede llegar el PS, se pierde.

—¿Y lo ganaría la DC?

—Posiblemente. Y de la misma manera, si el PPD absorbera al PS, todo un gran espacio en el ámbito de lo que es la izquierda con sus tradiciones, con sus raíces, con lo que somos de historia, también se pierde. Son realidades que están allí y que permiten, actuando con inteligencia, tener éxito.

—¿Tiene alguna duda de que en 1993 se pueda perder el gobierno?

—Ninguna. Va a continuar la Concertación.

—Usted afirmó que la mejor prueba de que se consolidaba la democracia sería que el sucesor de Aylwin fuera un socialista. ¿Lo sigue pensando?

—Sí. Creo que caminamos a eso. No veo ninguna razón para que en 1993, si hay un candidato de esa tendencia, el país se escandalice.

—Laura Soto dijo que se sentía preparada para ser candidata a Presidente de la República. ¿Estaría dispuesto a apoyarla?

—Yo siempre ayudo a los que el partido elija. —¿Laura Soto cumple los requisitos para ser buena candidata?

—Como muchos otros, pero creo que el tema presidencial no corresponde. Aylwin lleva recién trece meses de mandato de los 48 que tiene. No hay que adelantarse. Habrá una elección municipal de por medio y después de eso habrá que pensar en la continuidad.